

diversificación productiva posterior se fue generando en una secuencia continua e integrada.

También en estos países que iniciaron su industrialización durante el siglo XIX (Francia, Alemania, Bélgica, los Estados Unidos, etcétera) se verificó la precedencia temporal de las transformaciones agropecuarias en la esfera del progreso técnico, de los niveles de productividad⁴ y de las relaciones sociales económicamente significativas. Por otro lado, dicha expansión industrial generó, en el terreno de las relaciones sociales, una neta división clasista en donde resaltaba la homogeneidad de las posiciones objetivas de la fuerza laboral en el proceso productivo. En particular, la escasa capacidad negociadora de esta fuerza laboral determinó una exigua participación en los frutos del progreso técnico.

En consecuencia, tanto por los niveles de complejidad técnica y la escala de operaciones, como por el tipo de relaciones de trabajo e intercambio que se suscitaron, el proceso evidenció cierta tendencia hacia la homogeneidad estructural, caracterizada básicamente por la inexistencia de bruscos desniveles en la productividad del trabajo al interior de cada sector de actividad económica y por un perfil distributivo relativamente polarizado, con una exigua pero creciente proporción de capas medias, y muy bajos niveles de vida para los estratos inferiores.

Este cuadro evidenció una drástica modificación a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, particularmente por los progresos introducidos a consecuencia de la utilización de nuevas fuentes energéticas que impulsaron extraordinariamente el desarrollo técnico. A partir de este punto aquellos países que no habían logrado "embarcarse" en el proceso, comenzaron velozmente a perder posiciones ante la creciente complejidad de las nuevas técnicas. Durante este periodo (en donde se afianza la nueva división internacional del trabajo) los países centrales aceleran extraordinariamente su progreso técnico produciendo un irreparable distanciamiento con respecto a los países periféricos que, al menos en esta dimensión, pasan a ubicarse en la "clase" de los subdesarrollados.

En estas economías de temprana industrialización los albores del siglo XX presentaban un incremento notable en la escala técnica⁵ de las empresas, y una consecuente complejización en la división técnica del trabajo industrial y en la división interna de una excepción, porque, como ya hemos indicado, el conjunto de los países que iniciaron su desarrollo durante el siglo XIX basaron el equipo de su industria sobre instrumentos producidos localmente; y en todas partes fueron máquinas inglesas las que se copiaron en las primeras fases." Bairoch, *op. cit.*, pp. 179-180.

⁴ Para información más detallada cabe consultar Bairoch, *op. cit.*, páginas 82 ss.

⁵ Por escala técnica entendemos el tamaño mínimo de la unidad productiva dictado por los requerimientos objetivos de la tecnología aplicada.

funciones en las tareas administrativas, comerciales y de servicios.

En el plano económico estos procesos van acompañados por una concentración y una centralización de las operaciones que oligopolizan los mercados (generando una apropiación cerrada de los beneficios de la productividad) y por una creciente estratificación de ingresos del trabajo que acompaña la antedicha complejización de los procesos productivos de bienes y servicios.

En la esfera distributiva, se realiza un notable ascenso en los niveles medios de vida de todas las clases sociales y un sensible incremento en la proporción de capas medias, lo que en conjunto propende a una disminución de la extrema polarización que había caracterizado los inicios del proceso. No obstante ello, se produce un crecimiento absoluto y relativo de las desigualdades entre los perceptores de la cúpula y la base de la pirámide distributiva.

II. EL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN Y SUS EFECTOS HETEROGENEIZADORES

Bien distintas fueron las modalidades de estructuración económica y social en la América Latina. En primer lugar la región incorporó las formas productivas "modernas" y perfeccionadas en los países de temprana industrialización en una fase del avance técnico que dificultaba⁶ su asimilación integral y su posterior desenvolvimiento autónomo. En segundo lugar, las formas organizacionales propias del régimen capitalista de producción y las relaciones sociales que les corresponden permanecieron circuncritas a ciertas ramas específicas de la actividad productiva en cada sector de actividad económica. En el resto del cuerpo económico sobrevivieron, adaptándose o subordinándose al nuevo ordenamiento, formas productivas y relaciones sociales propias de las diferentes fases históricas por las que atravesó el desarrollo de la sociedad latinoamericana.⁷

⁶ "Por lo tanto, a medida que se avanza hacia el fin del siglo XIX, primero, y en el interior del siglo XX, después, se asiste a una evolución de la técnica que se caracteriza por una complejidad creciente, cosa que no había ocurrido hasta entonces. Esa complejidad creciente conducirá progresivamente a una ruptura con la técnica tradicional, que llegará a ser verdaderamente total en los primeros años del siglo XX con la introducción generalizada de la electricidad y del motor de explosión principalmente. Esa ruptura condujo, se concibe fácilmente, a modificar totalmente el papel, las posibilidades y limitaciones de la técnica en el desarrollo. En consecuencia, entre las posibilidades de la técnica en el transcurso de la Revolución Industrial y las existentes de la técnica moderna en el marco del desarrollo de los países del Tercer Mundo." Bairoch, *op. cit.*, pp. 178-179.

⁷ Este rasgo esencial fue ciertamente captado ya en los primeros análisis de la CEMAL: "Dentro de esta periferia, el progreso técnico sólo prenda en exiguos sectores de su ingente población, pues generalmente no penetra

En todos los casos, además, las modalidades de introducción del progreso técnico fueron (directa o indirectamente) inducidas de manera exógena por la expansión y las fluctuaciones del capitalismo a escala mundial. Durante el periodo comprendido entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera Guerra Mundial dicha expansión capitalista, hegemónicamente liderada por Gran Bretaña, adquirió su forma más pura y fluida. Durante ese lapso florecieron y se fortalecieron las economías primario-exportadoras de los campos periféricos en general y de la América Latina en particular.

A partir de dicha fase cada país latinoamericano absorbió el tipo y la cuota de progreso técnico requeridos para la conformación de sus respectivos complejos exportadores, entendidos como un conjunto de actividades económicas, de carácter multisectorial, directamente vinculadas al tráfico internacional de los principales productos de exportación.

Dado que estos complejos exportadores incluían actividades *primarias* (mineras, extractivas, agropecuarias), *secundarias* (procesamiento de productos minerales y agropecuarios) y *terciarias* (transporte, comercialización, financiamiento, etcétera), cada uno de los sectores de la economía nacional resultó infiltrado por unidades productivas organizativamente más avanzadas que se circunscribieron al ámbito señalado. No cabe extenderse aquí sobre los alcances y la capacidad difusora de estos procesos, aspectos que ya han sido considerados. Interesa recalcar que estos contrastes tuvieron expresión cuantitativa en los diferentes niveles de productividad del trabajo cuyos estratos más altos se ubicaron en las actividades del complejo exportador y se manifestaron cualitativamente en la naturaleza de las relaciones sociales que preponderaron en cada caso.

Estas modalidades constituyeron un anticipo de las formas más complejas de heterogeneidad que acompañarían el proceso de industrialización latinoamericano.

Como hemos observado, en las experiencias "clásicas" de las economías capitalistas modernas la revolución industrial constituyó ante todo una revolución social y consecuentemente dio lugar a la formación de sociedades radicalmente diferentes de las formaciones históricas que las precedieron. En consecuencia fueron dichas transformaciones sociales el antecedente que posibilitó el surgimiento generalizado (es decir a nivel de todos los sectores y prácticamente todas las regiones) de las formas industriales y capitalistas de organización y relacionamiento. Es obvio que el caso inglés representa el arquetipo de las modalidades aludidas.

No debe por lo tanto identificarse el surgimiento de la sociedad allí en donde se hace necesario para producir alimentos y materias primas a bajo costo, con destino a aquellos grandes centros industriales." *Gran. Estado Económico de la América Latina, 1949, p. 3.*

dad capitalista industrial, fenómeno social de carácter integral, con el proceso de industrialización sustitutiva, estimulado por factores predominantemente externos que no siempre fueron previamente condicionados por transformaciones profundas y duras del relacionamiento social y del ordenamiento político. En la mayoría de los casos la industrialización latinoamericana coexistió con vastas áreas rurales de subsistencia sujetas a relaciones sociales de carácter precapitalista. El *hinterland* rural redujo así su importancia como demandante de productos industriales y como oferente de insumos requeridos por la expansión industrial. En prácticamente todos los casos el proceso de industrialización asumió el carácter de un foco diversificador con limitada irradiación a escala nacional, circunscrito a uno o dos centros urbanos importantes.

Desde un ángulo más restringidamente económico, las modalidades descritas suponen una escasa integración interna tanto en el interior de la industria manufacturera, como en relación con el resto del aparato productivo. Esta característica contribuye a explicar los denominados cuellos de botella y los numerosos vacíos en la trama de flujos intersectoriales que deben ser solucionados mediante la importación de insumos y equipos de capital.

Esta falta de integración constituye, así, una manifestación interna de carácter estructural de la fuerte supeditación que en materia de abastecimientos externos presentó esta modalidad industrializadora. Sin embargo este proceso, basado en la sustitución de importaciones, generó impulsos transformadores de naturaleza y alcances muy diferentes en función de las condiciones históricas concretas de cada caso particular. Estas condiciones históricas concretas derivaron a su vez de dos factores básicos.

El primero tiene relación con el tipo de economías exportadoras que florecieron en cada país en lo que atañe a su capacidad transformadora en materia de procesos técnicos y relaciones sociales básicas. Estos factores crearon diferentes contextos socioeconómicos susceptibles de estimular o inhibir el desarrollo del proceso de industrialización sustitutiva, otorgándole a cada caso su fisonomía particular.

El segundo tiene relación con la fase particular de desenvolvimiento del sistema económico internacional que corresponde al inicio de la etapa industrializadora de cada país, primera Guerra Mundial, crisis de 1930, segunda Guerra Mundial, fluctuaciones internacionales posteriores, etcétera.

Ambos factores están íntimamente ligados, ya que aquellas economías latinoamericanas que más tempranamente iniciaron su fase industrializadora (la Argentina, el Brasil, Chile, etcétera) lo hicieron gracias a las condiciones tecnológicas y sociales más favorables que sus respectivos contextos primario-exportadores les habían legado para iniciar la experiencia. Cabe analizar por separado los dos órdenes de factores precedentemente señalados.

III. EL CONDICIONAMIENTO INTERNO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

Las condiciones preexistentes derivadas de la fase primario-exportadora que más parecen haber influido sobre la forma y la oportunidad de la industrialización sustitutiva estuvieron asociadas a la naturaleza de los principales productos exportables con sus respectivas formas de organización productiva; al grado de reestructuración de las relaciones de trabajo directa o indirectamente derivadas de la expansión exportadora, y finalmente a la gravitación del Estado en la redistribución interna de los ingresos generados por dicha actividad.⁸

En primer lugar, la naturaleza del producto exportable y las formas de su organización productiva contribuyeron a determinar la gravitación de las actividades del complejo exportador en la creación de obras infraestructurales básicas, la provisión de oportunidades de empleo y la reestructuración del aparato productivo global. En particular merecen considerarse las posibilidades de utilización interna del producto exportado, como bien final, o como insumo de otras industrias. En cada experiencia histórica los factores mencionados incidieron de modo diferente en la formación de los requisitos técnicos susceptibles de estimular el desarrollo industrial manufacturero.

En segundo lugar cabe analizar las relaciones de trabajo que se reestructuraron en virtud de esta expansión. Por un lado interesa determinar en qué medida las formas específicas de reclutamiento laboral utilizadas transformaron las relaciones preexistentes, incrementando la movilidad social y espacial de la fuerza de trabajo (especialmente la rural), y por otro la magnitud de los ingresos así percibidos. La expansión urbana y la formación de un mercado interno (requisitos básicos para estimular la industrialización por el lado de la demanda) dependieron en manera determinante del factor aquí analizado.

En tercer lugar el Estado puede haber desempeñado un papel importante en la provisión de servicios infraestructurales básicos (energía, transportes y comunicaciones, etcétera) y en la

⁸ Se recogen aquí de manera más circunscrita los criterios de diferenciación señalados por A. Pinto en "La heterogeneidad estructural: Aspecto fundamental del desarrollo latinoamericano", en donde se observa: "Las diferencias podrían atribuirse a tres tipos de factores principales. Por un lado, a la naturaleza de los recursos-base de la exportación. Allí donde éstos eran en alto grado especializados para el mercado externo (tipo plantas y productos mineros), el divorcio tendía a ser mayor que en el caso de producciones más compartidas entre mercado interno y exterior (caso de los productores de alimentos básicos del Río de la Plata). Por otro lado, sobresale el elemento político-institucional. Allí donde se plasmó un estado nacional más o menos independiente, hubo mayores posibilidades de transferir hacia las demás actividades y regiones parte del dinamismo del complejo exportador. Finalmente, está el hecho de la mayor o menor significación e impermeabilidad de la sociedad o economía tradicionales, como en el caso de los países del imperio incaico."

INDUSTRIALIZACIÓN PRECARIA

creación de empleos públicos, en la medida en que su participación en los ingresos generados por la actividad exportadora así lo permitiera.⁹

Dichas inversiones públicas constituyen un fundamento técnicamente imprescindible para cualquier expansión industrial significativa y, por otro lado, el crecimiento del empleo público puede significar un importante impulso a la demanda urbana.

IV. EL ESTÍMULO EXTERNO COMO FACTOR DESENCADENANTE DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

Como sabemos, las perturbaciones experimentadas por el relacionamiento económico internacional a partir de la guerra de 1914 constituyeron el preludio de una profunda reorganización a escala mundial que terminó por afectar de manera permanente la estabilidad que enmarcaba el funcionamiento de las economías exportadoras latinoamericanas.

Numerosos estudios han delimitado los efectos proteccionistas no deliberados que estos cambios ejercieron sobre la actividad manufacturera interna de los países latinoamericanos. Sin embargo, como se sabe, no todos los países estaban en condiciones de aprovechar la coyuntura internacional para expandir la actividad industrial interna. Dichas condiciones, que fueron numerosas y sucesivamente más arriba, determinaron en gran medida las modalidades y la oportunidad de dicha industrialización.

Así, aquellas economías que por la naturaleza de sus contextos primario-exportadores habían asimilado de manera más homogénea y extendida la difusión del progreso técnico, habían formado su estructura social en el sentido de facilitar la capacidad negociadora y la movilidad de su fuerza de trabajo, motivando por esta vía la formación de mercados internos urbanos, y disponían de un poder central lo suficientemente fuerte como para redistribuir internamente una cuota significativa de los ingresos de exportación, pudieron reaccionar ante la contracción externa expandiendo tempranamente sus actividades manufactureras. En algunos de dichos países el proceso sustitutivo se inició antes de los años treinta y adquirió decisivo impulso a partir de esa fecha. El proceso industrializador se fundó en la sustitución por producción interna de aquellos bienes de consumo cuya producción podía encararse con los recursos humanos y materiales preexistentes sin grandes transformaciones en materia de equipos y técnicas productivas. El componente "nacional" de los capitales y el talento empresarial requerido¹⁰ fue

⁹ No debe olvidarse que durante la etapa primario-exportadora dicha fuente de ingresos constituyó el soporte básico del erario fiscal.

¹⁰ Esta afirmación no se contradice con la nacionalidad predominantemente extranjera de los empresarios industriales que se registró en la Ar.

mu y alto, y el proceso evidenció capacidad incorporadora de fuerza de trabajo.

La construcción externa referida cumplió aquí un papel mera-mente desencadenante de fuerzas productivas preexistentes en el seno de la organización económica y que habían madurado para-llamente a (y como una consecuencia indirecta de) la consoli-dación de los complejos exportadores.

La expansión de la industria manufacturera encuentra así, en estos casos, un punto de partida caracterizado por la simplici-dad relativa de los procesos técnicos y la pequeña escala de las unidades productivas, condiciones éstas que fueron posibilitadas por la naturaleza de los bienes de consumo cuya importación se sustituía por producción interna.

En consecuencia, en los pocos países latinoamericanos de in-dustrialización temprana (que estuvieron en condiciones de apro-vechar las coyunturas proteccionistas de la primera gran guerra y la crisis del año treinta) el proceso evidenció en sus primeras etapas una mayor homogeneidad interna. No obstante ello, que-etapas una mayor homogeneidad interna. No obstante ello, que-etapas una mayor homogeneidad interna. No obstante ello, que-irradiación en el plano espacial y sectorial.

En la segunda posguerra, y en especial a partir de los años cincuenta, se genera una segunda oleada industrializadora en con-diciones muy diferentes. La complejidad tecnológica inherente a la naturaleza misma de los productos implicados requiere neces-a-riamente equipos importados y asesoramiento externo que en medida determinante asumen la forma de inversiones directas extranjeras. La discontinuidad tecnológica resulta aquí más in-tensa y evidente. En estos casos el impulso exterior no se limita a crear las condiciones de un proteccionismo no buscado, sino que da lugar al trasplante de empresas con una productividad notablemente más alta que la de la actividad manufacturera pre-xistente, y con más razón aún, al de las actividades artesanales del sector secundario. En este caso resulta aún más obvio que las nuevas formas productivas están lejos de haberse gestado en el seno del cuerpo productivo que las acoge y, por el contrario, constituyen opciones deliberadamente asumidas, constitutivas de políticas concretas.

En consecuencia desde el ángulo de la heterogeneidad de sus estructuras productivas cabría sustentar la hipótesis de que aque-llos países medianos y pequeños de una tardía industrialización genuina, el Brasil y Chile. Lo que importa es que dichos empresarios indus-triales en una proporción mayoritaria dirigirían sus empresas de manera autónoma, independientemente de las corrientes internacionales de capital (cuyos intereses industriales en las economías latinoamericanas eran subst-diaros y complementarios de la actividad exportadora fundamental). Esta existencia de un empresario nacional resulta innegable en el caso de las eco-nomías precedentemente señaladas. En la experiencia mexicana, sin embar-go, la gravitación del capital foráneo sobre su desarrollo industrial alcanzó mayor intensidad desde épocas muy tempranas.

deben presentar en su sector manufacturero contrastes y pola-ritzaciones más acentuadas que las discernibles en los países de industrialización temprana.

En efecto, la industrialización tardía de estos países es la me-jor prueba de la carencia de las condiciones técnicas y sociales que derivadas de la fase primario-exportadora les hubieran per-mitido aprovechar la coyuntura de la crisis del treinta y de otras restricciones externas. Además, el carácter deliberadamente in-ducido de la industrialización que se ensaya está dirigida funda-mentalmente a captar la demanda de los estratos ubicados en la cúpula de la escala distributiva. Desde su mismo nacimiento, este tipo de industrialización se funda en tecnologías complejas, gran escala operativa, considerable diferenciación de funciones, técnicas y administrativas, etcétera. La superposición tecnoló-gica genera agudos contrastes entre la productividad del trabajo de este sector moderno y la correspondiente a las manufacturas preexistentes, de corte predominantemente artesanal. Este con-traste resulta más notable cuanto más escasa es la proporción de población activa absorbida por las actividades modernizadas.

Resulta razonable suponer entonces que en cuanto a desnive-las y polarizaciones los países más pequeños y de industrializa-ción tardía deban presentar un cuadro más agudo. Los países de industrialización temprana también están participando inten-samente en este crecimiento industrial fundado en la inversión directa extranjera, especialmente bajo la forma de corporacio-nes multinacionales orientadas al abastecimiento de los merca-dos internos.¹¹

En todos los casos el carácter exógeno de las fuentes del progreso técnico y la limitación de divisas para adquirirlos de-terminan que las pautas de su distribución respondan ineludible-mente a medidas de política, deliberadas o no, de los poderes centrales que administran dichos recursos internacionales. En consecuencia, a lo largo de toda su historia, y hoy más particu-larmente que nunca, la concentración distributiva del progreso téc-nico en la América Latina está estrechamente vinculada a las modalidades de inserción regional en el sistema de relaciones económicas internacionales.

¹¹ También el sector público suele controlar parte de estas actividades modernizadas, especialmente en campos de interés estratégico para el des-arrollo y la defensa nacional.